

Divorciadas

Comedia en un acto

Antonio Ruiz Negre

PERSONAJES

(Por orden de intervención)

CRISTINA, 25 años.

LUCÍA, 27 años.

CARMEN, 50 años.

Descripción de escena

La acción se desarrolla en la salita de estar de una casa donde habitan tres mujeres solas.

Una entrada con cortina en primer término del lateral izquierda lleva al exterior, y otra igual en el lateral derecha comunica con el interior de la vivienda.

En el ángulo formado por el foro y el lateral izquierda hay una lámpara de pie con revistero. Antes de llegar a ella, en el lateral, una silla.

Sobre el foro a continuación de la lámpara, un sofá de dos plazas, y ante él un mini-centrito donde se verá un cenicero y un teléfono móvil.

Entre el sofá y el lateral derecha sobre el foro, un pequeño mueble multiuso con mini-bar. En el lateral derecha otra silla en segundo término, y en primer término podrá colocarse una maceta con una planta de interior.

Sobre las paredes algunos cuadros con láminas sencillas. Todo el conjunto de colores claros y alegres.

Época actual. Términos izquierda y derecha, los del público.

Escena I

CRISTINA y LUCÍA.

Al iniciarse la acción, CRISTINA, sentada informalmente en el sofá lee un libro.

Es una joven de veinticinco años, muy agradable, de aspecto frágil aunque poseedora de una gran vitalidad. Recientemente separada, ha vuelto para vivir circunstancialmente con su madre y su hermana.

En el momento de la acción CRISTINA, gestante bastante avanzada, viste ropa cómoda de estar por casa.

Suena el teléfono móvil.

CRISTINA.- ¡Vaya!, ¡qué oportuno!

(Dejando el libro frente a sí, atenderá el teléfono.)

¿Quién llama?... No, Carmen no está... No, que no ha llegado todavía. **(Pausa breve.)** Porque salió de compras y no ha regresado... ¿Y usted quién es? **(Pausa breve.)** Ya... Bien, pues yo le diré que ha llamado... De acuerdo... Vale.

(Cierra el móvil dejándolo donde estaba y vuelve a su posición y a su lectura, formulando una protesta.)

Siempre ha de interrumpir alguien cuando se está leyendo el pasaje más interesante...

(Al momento vuelve a sonar el teléfono.)

CRISTINA.- (Protestando.) ¡Y ahora qué!...

(Duda entre responder o no, pero tras permitir que suenen tres timbrazos vuelve a dejar el libro y responde.)

¿Sí?... ¿Como? ¿Usted otra vez? **(Pausa breve.)** Claro; que no me ha dado su número y no sabe si Carmen lo recordará... Bien; un momento y tomaré nota.

(Se levanta con el móvil en la mano, llega hasta el mueble y tomando de un cajón un bloc y un bolígrafo anotará mientras habla a través del teléfono.)

Dígame... **(Pausa breve.)** Tres sesenta y siete, ochenta y ocho, ochenta... Con el noventa y seis delante, claro... Manolo... Manolo Lozano. **(Pausa breve.)** De acuerdo, se lo diré cuando vuelva, descuide. Adiós.

(Cierra el teléfono, deja el bolígrafo a la vista con el bloc y regresa al sofá donde volverá a coger el libro y adoptará la posición primitiva.)

(Hablándole al teléfono que habrá dejado frente a sí.)

¡Si no fuera porque espero una llamada, te apagaba ahora mismo!

(Vuelve a leer, y tras unos segundos hace su entrada por la izquierda LUCÍA.)

(Hermana de CRISTINA, es dos años mayor que ella. Muy bien parecida, viste de calle, trae en la mano un bolso y en la otra una bolsa del Corte Inglés.)

LUCÍA.- (Entrando.) ¡Hola! ¿Qué haces?

CRISTINA.- (Sin moverse.) Nada. «Leía» hace un

momento.

LUCÍA.- (Fijándose en el libro.) Y ahora... ¿sólo miras el color de las páginas?...

(Cruza la escena hasta el mueble, dejando la bolsa sobre la silla de la derecha, y el bolso, que abrirá, sobre el mueble. Toda esta acción sin interrumpir el diálogo.)

CRISTINA.- (Crítica, bajando el libro.) Muy ocurrente... Digo que leía hace un momento, porque el teléfono no ha dejado de molestar hasta ahora mismo.

LUCÍA.- ¿Quién llamó?...

CRISTINA.- Un tal Manolo Lozano, preguntando por mamá.

LUCÍA.- ¿Manolo?... ¡Qué raro! Hace lo menos tres meses que no la llamaba... A lo mejor es para invitarla a salir.

CRISTINA.- ¿Es que suele salir?...

LUCÍA.- Según le da. Va por temporadas. A veces se reúne varias semanas seguidas con amigas «de antes», para ir a merendar o al cine... De vez en cuando acepta una invitación y sale con algún hombre... pero nada serio.

CRISTINA.- ¡Ya! Y el tal Manolo será uno de esos amigos circunstanciales con los que sale de vez en cuando...

LUCÍA.- Pues la verdad es que no lo sé, porque ella tampoco me cuenta demasiadas cosas. **(Registrando el bolso.)** No sé dónde he metido la tarjeta de compras... ¿La habré perdido?...

CRISTINA.- Igual te la has dejado en la tienda.

LUCÍA.- No creo, porque recuerdo haberla guardado junto con el ticket en algún sitio...

(Como recordando va a la silla, abre la bolsa de plástico y buscando en el fondo saca la tarjeta y el papel.)

Aquí está.

(La guarda en el bolso.)

¿No vas a salir esta tarde?

CRISTINA.- No. No tengo nada que hacer por ahí.

LUCÍA.- En el Lauria ponen una película estupenda; y o la vi la semana pasada y me gustó.

CRISTINA.- Yo le he perdido el gusto al cine.

LUCÍA.- ¿Y eso?...

CRISTINA.- No sé, tal vez por comodidad. O por la incomodidad, mejor dicho, que supone arreglarse, hacer cola para ver algo interesante, para que luego te caiga al lado una gorda comiendo palomitas que te haga polvo la película.

LUCÍA.- **(Riéndose.)** ¿Y qué es lo que te molesta, que sea gorda o que coma palomitas?

CRISTINA.- **(Siguiéndole el humor.)** Lo de la obesidad, mientras no desborde el asiento y se me caiga encima me es igual, pero hija, el olor a palomitas me produce unas arcadas irreprimibles.

LUCÍA.- Será solo desde que estás encinta, porque a ti siempre te gustaron a rabiar...

CRISTINA.- ¡Por supuesto que es por el embarazo!...

LUCÍA.- **(Con tono cómico.)** Pues eso; ¡seguro que se te pasa!

CRISTINA.- ¡Ya!

LUCÍA.- **(Decidida.)** Voy a calzarme unas zapatillas porque estos zapatos me aprietan cosa mala.

CRISTINA.- Claro, te has puesto los míos.

LUCÍA.- **(Mirándolos sorprendida.)** ¡No me digas que me he puesto tus zapatos sin darme cuenta!... **(Sacándose uno y examinándolo.)** Pues tienes razón. Ya decía yo que me apretaban.

(Con él en la mano y la bolsa que cogerá en la otra, sale cojeando hacia el lateral derecha.)

Es el peligro de usar zapatos del mismo modelo.

(Hace mutis.)

(CRISTINA vuelve a leer.)

LUCÍA.- (Desde dentro.) ¿A qué hora salió mamá?...

(Con un gesto de resignación, CRISTINA cierra el libro que dejará frente a sí sobre el centrado, y se levantará yendo hasta el mueble desde donde seguirá su interpretación.)

CRISTINA.- No lo sé exactamente, pero hace más de dos horas que se fue... Tampoco me dijo a qué hora pensaba regresar. **(Pausa breve.)** Pensé que habríais quedado citadas en algún sitio para ir las dos juntas de compras.

LUCÍA.- ¡Ah, no! Yo procuro evitarlo siempre que puedo.

CRISTINA.- ¿Por qué?

LUCÍA.- Cuando tú no tengas nada que hacer, sal una tarde con ella de tiendas y sabrás lo que es bueno. Es capaz de acabar con la paciencia de cualquiera.

(CRISTINA enciende un cigarrillo de un paquete que cogerá del mueble.)

CRISTINA.- Pues se habrá vuelto así en estos dos últimos años, porque de antes no le recuerdo ese tipo de rareza. **(Pausa.)** ¿Cómo lleva lo de ir haciéndose mayor?

LUCÍA.- ¿Cómo dices?...

CRISTINA.- Me pregunto que si el hecho de haber entrado en la edad crítica le habrá afectado mucho.

(Aparece LUCÍA en la entrada.)

(Calzará unas zapatillas cómodas, y viste sobre la ropa que antes llevaba una chaqueta de punto que se ha comprado.)

LUCÍA.- (Entrando.) ¿Fumando otra vez?...

CRISTINA.- Es el primero en toda la tarde...

LUCÍA.- Ya oíste al médico ayer **(señalando.)**, a tu Paula le puede perjudicar el tabaco.

CRISTINA.- (Con buen humor.) Descuida, que pienso prohibirle que fume.

LUCÍA.- ¡Qué cara!... ¿Qué te parece como me sienta?...

(Da una vueltecita ante su mirada.)

CRISTINA.- Muy bien. Has tenido buen gusto.

LUCÍA.- Y en cuanto al precio, está bastante ajustado a su calidad.

CRISTINA.- Estupendo, ¿no?...

LUCÍA.- (Retomando la conversación anterior.) Pues a mamá no le ha afectado nada lo de cumplir años. Ella sabe los que tiene y no le oculta a nadie la cifra. Es más; como no los representa y también lo sabe, se permite hacer bromas con la edad diciendo a veces que tiene más.

CRISTINA.- ¿Y lo de vivir en soledad?... ¿No sabes si echa de menos a papá alguna vez?

LUCÍA.- Eso no lo exterioriza... Pero sería absurdo pensar que se sienta feliz por estar sola.

(CRISTINA va hasta el centrado, coge el cenicero y lo mantendrá en la mano utilizándolo mientras se mueve por la estancia.)

CRISTINA.- Si supieras que lo pensé muy seriamente antes de volver aquí con vosotras...

LUCÍA.- ¿Por qué?

CRISTINA.- Supuse que mi presencia no favorecería en nada a vuestro estado de ánimo. La convivencia de una persona traumatizada con dos que no lo estén será un alivio para ella, y las otras quizás no se sientan afectadas por ser mayoría; pero si resulta que las tres tienen el mismo problema, ninguna se encontrará con fuerzas para consolar a las demás.

(LUCÍA se quita la chaqueta que dejará doblada sobre la silla de la izquierda y se sentará en el sofá.)

LUCÍA.- No, Cristina. Creo que no te has hecho cargo de nuestra verdadera situación.

CRISTINA.- ¿Quieres decir?...

LUCÍA.- Que si bien es verdad que las tres hemos pasado por la misma circunstancia, sólo eres tú la que aún se siente traumatizada. Claro que lo tuyo es muy reciente, pero verás como dentro de unos meses ni te acuerdas.

CRISTINA.- Si te soy sincera, no me gustaría olvidarlo.

LUCÍA.- ¿Cómo dices eso?...

CRISTINA.- No quiero olvidar todo el daño que mi marido me ha hecho, quiero tenerlo bien presente para hacérselo pagar si puedo... No estoy dispuesta a olvidar y a perdonar.

LUCÍA.- ¿Crees acaso que nosotras hemos olvidado y perdonado?... No, Cristina, nada de eso. Lo que pasa es que no queremos vivir martirizándonos. Se trata de encerrar ese recuerdo en algún rincón oculto de la memoria y saber que está ahí, que no se ha ido. Y emplear todo lo demás, pensamiento y voluntad, en recorrer de nuevo el camino. Sin ningún tipo de traumas; abiertas a que en cualquier momento podamos volver a encontrar la felicidad.

CRISTINA.- (Con cierta ironía.) ¡Volver a encontrar la felicidad!... ¿De verdad confías en encontrarla de nuevo, Lucía?

LUCÍA.- (Tras una pausa breve.) Al menos, lo deseo. Además, somos jóvenes. Tanto tú como yo estamos aún lejos de tener preocupaciones por la edad, y recuerda que tenemos bastantes amigas más mayores que siguen permaneciendo solteras.

CRISTINA.- Eso es verdad... Pero creo que nosotras cometimos el error de casarnos demasiado pronto...

LUCÍA.- Error o no, el caso es que lo hicimos. Otra cosa es que nuestros matrimonios hayan salido mal... Por lo demás, siempre se ha dicho que eso es como jugar a la lotería...

CRISTINA.- **(Tras una pausa breve.)** Y lo de mamá, qué. Ella sí que nos sorprendió con su inesperada decisión.

LUCÍA.- **(Pensativa.)** Mamá nunca se ha sincerado conmigo explicándome sus motivos para dejar a papá.

CRISTINA.- ¿Tú se lo has preguntado?

LUCÍA.- Sí. En un par de ocasiones se lo pregunté directamente, y en las dos se fue por los cerros de Úbeda, mostrando una clara aversión a hablar del tema.

CRISTINA.- ¿Y a él le has vuelto a ver?...

LUCÍA.- Sí... Coincidimos hace un mes en el vestíbulo de un cine, y nos saludamos.

CRISTINA.- ¿Nada más?...

LUCÍA.- Él parecía decidido a preguntarme y a entablar conversación, pero yo me mostré sólo cortés, y no le di ocasión para continuar.

CRISTINA.- ¿Y eso por algún motivo especial?

LUCÍA.- No... A lo mejor si hubiera sido en otro momento y lugar, sí habría cambiado impresiones con él, pero entonces no lo hice.

CRISTINA.- ¿Se lo contaste luego a ella?

LUCÍA.- Sí. Y cambió de conversación.

(CRISTINA apaga el cigarrillo y deja el cenicero sobre el centrado.)

CRISTINA.- Total. Que la comunicación en esta casa no tiene nada que ver, de cómo es ahora a lo fue en otro tiempo...

LUCÍA.- Es que este... **(Rotunda.)** ¡Es otro tiempo!, Cristina.

Escena II

Las mismas y CARMEN.

En la entrada de la izquierda aparece CARMEN. Viste de calle y trae un paquetito en la mano. CARMEN, a punto de cumplir los cincuenta, es elegante y agradable, bastante desenvuelta y con aspecto de no padecer trauma alguno.

CARMEN.- (Entrando.) ¡Hola, chicas!

CRISTINA.- ¡Hola!

LUCÍA.- Estuve pendiente de si te veía en la tienda...

CARMEN.- ¿Para escapar por otro lado lo más rápidamente posible?...

LUCÍA.- ¡Cómo eres!...

CARMEN.- ¡Si no nos conociéramos!... ¿O es que crees que no sé, que te molesta ir conmigo de compras?...

LUCÍA.- No es que me moleste precisamente... Pero has de reconocer que no seguimos el mismo sistema.

CARMEN.- Eso es verdad... Tú eres aburridísima comprando. (A CRISTINA.) ¿Qué cuenta mi nieta?

CRISTINA.- (Irónica dándose unos golpecitos en el vientre.) Hace un momento preguntaba por su abuela.

CARMEN.- ¡Qué bien! Pues si supieras que he estado a punto de comprarle un regalo...

LUCÍA.- Tú, todo lo que sea comprar...

CARMEN.- He de reconocer que me encanta.

(Viendo la chaqueta de punto de LUCÍA sobre la silla, cruza hasta el mueble, donde dejará bolso y paquete, y regresa cogiéndola sin dejar de hablar.)

CARMEN.- ¿Por fin te la compraste?... Me alegro de que te hayas hecho el ánimo porque te estaba haciendo mucha falta.

CRISTINA.- ¿De verdad necesitaba una?...

CARMEN.- No. Lucía tiene otras dos similares. Lo que digo que le hacía falta a tu hermana era «comprarse alguna cosa».

LUCÍA.- (A CRISTINA.) La terapia de salir por ahí a gastarse el dinero, es lo que quiere decir.

(CARMEN despliega la chaqueta y la examinará ponderándola.)

CARMEN.- Es bonita. ¿Te ha costado mucho?

LUCÍA.- Si lo consideramos «sólo » como terapia... te diré que ha sido un antidepresivo un poco caro. (Se ríe.)

CARMEN.- (Siguiendo el tono de broma.) Pero si te ha resultado provechoso al menos...

CRISTINA.- A mí ese tipo de terapia no me va nada. ¡Nunca me ha gustado ir de compras!

CARMEN.- Eso es totalmente cierto... Siempre tuve yo que comprarte cualquier tipo de ropa; y así después mantuvimos grandes broncas porque nunca te gustó lo que adquiría para ti.

CRISTINA.- No irás a negarme que tu manía era pretender que vistiera de un modo bastante inapropiado...

CARMEN.- ¿Cómo inapropiado?...

CRISTINA.- Inapropiado para mi edad, y que siempre desentonaba con lo que llevaban las demás amigas del grupo.

LUCÍA.- Es verdad que no habéis coincidido nunca en gustos.

CARMEN.- (A LUCÍA.) Si he de serte sincera, jamás llegué a conocer de verdad los gustos de tu hermana.

(Dejando la chaqueta en la silla vuelve ante el mueble.)

Pues yo también me he comprado algo que necesitaba... Y no por terapia, sino por necesidad.

(Viendo el bloc que leerá.)

¿Este mensaje es para mí?...

CRISTINA.- Sí. Llamó un tal Manolo dejando su número de teléfono por si querías llamarle.

CARMEN.- ¡Qué voy a querer llamarle!...

CRISTINA.- Pues insistía con mucho interés...

CARMEN.- Lo cual no significa nada, porque se puede insistir mucho, y no tener ningún interés.

LUCÍA.- (Irónica.) ¡Vaya! Ese pensamiento tan profundo sería materia de comentario ¿no crees?

CARMEN.- Tú, como siempre de coña, intentando encontrarle un doble sentido a mis frases ¿no?

LUCÍA.- (Sonriendo.) Mujer... De algo tenemos que hablar ¿no te parece?

(Dejando el bloc donde estaba, CARMEN recoge paquete y bolso y marca el mutis a la salida derecha.)

CARMEN.- Pues será luego, porque ahora voy a ponerme cómoda.

(Hace mutis.)

CRISTINA.- (Al momento, a LUCÍA.) No parece haberle hecho muy feliz el mensaje telefónico ¿no crees?

LUCÍA.- ¡Eso, ella lo sabrá!

(Levantándose, recoge la prenda, y plegándola marca el mutis a la derecha.)

Pues yo también voy a ponerme cómoda, porque esta tarde ya no pienso salir de casa.

(Hace mutis.)

(CRISTINA, al quedar a solas, guarda el bloc de notas en el cajón, vuelve al sofá y se sienta junto a la lámpara, preparando el libro dispuesta a reanudar la lectura.)

(Adoptando la postura del principio comienza a leer.)

Escena III

CRISTINA y CARMEN

Al momento entra CARMEN por la derecha, que viste una bata elegante de estar por casa y zapatillas a juego. Se sienta en la silla de la derecha y descalzándose un pie iniciará un masaje al mismo, que seguirá dándose mientras habla.

CARMEN.- Voy a tener que ir a que me vean este pie.

CRISTINA.- (Sin moverse.) ¿Sí?...

CARMEN.- Desde que me lo torcí el mes pasado, pisando ese bordillo tan absurdo que se han inventado para las calles peatonales, no ha dejado de darme la lata.

CRISTINA.- (Igual.) ¡Ya!

CARMEN.- Hay que ver lo poco que se preocupa el ayuntamiento por evitar molestias a los ciudadanos... Les importa un pito si el embaldosado de una acera resbala o no, o si la pintura de los pasos de cebra es peligrosa cuando llueve... Ellos van a lo suyo; a que se vea todo bonito y en paz.

CRISTINA.- (Igual.) ¡Claro!...

CARMEN.- Y la frecuencia con que arreglan algunos sectores de la ciudad que suelen ser siempre los mismos.

Levantán el asfalto de una calle principal para poner otro igual cuando no hace seis meses que lo cambiaron, mientras hay barrios que vieron el último arreglo hace diez años... O arrancan un pavimento recién puesto, porque no le ha terminado de gustar a saber qué personaje con poder de decisión... ¡A ver si no podrían haberse asegurado de lo que querían antes de contratar la obra!...

CRISTINA.- (Igual.) Sí.

CARMEN.- (Mirándola, con tono crítico.) Cristinita, rica. ¿Me escuchas, o sólo me oyes?

CRISTINA.- (Bajando el libro.) Una cosa y otra, según el momento.

CARMEN.- No, si lo digo por dejarte tranquila y no molestarte... Y por otro lado, porque esto y hablarle a una pared es lo mismo.

CRISTINA.- No seas tan susceptible, mujer...

(Deja el libro sobre el centríto.)

¡Se acabó la lectura por hoy! ¿De qué querías hablarme?

CARMEN.- ¿Es que he dicho que quisiera hablarte de algo en particular?...

CRISTINA.- ¡Venga, mamá! Que nos conocemos mucho tiempo, como para no saber que quieres desembuchar algo que tienes guardado desde hace unos días.

CARMEN.- (Tras una pausa.) Pues bien; sí. ¿Para qué negarlo?... ¿No crees que va siendo hora de que hablemos de tu problema?

CRISTINA.- El hecho de que me haya venido a vivir con vosotras unas semanas hasta que encuentre casa...

CARMEN.- (Interrumpiéndola.) No se trata de que te instales aquí... Aunque ya tuvieras piso y estuvieras sólo de visita, la circunstancia por la que has pasado no podríamos silenciarla. ¿No crees? **(Pausa breve.)** ¡Venga, dime! ¿Cómo te decidiste a dar el paso de la separación?

(CRISTINA se levanta sin prisa.)

CRISTINA.- ¡Era inevitable que tocásemos el tema!...

(Tras una pausa, marcando algunos pasos.)

Lo nuestro había llegado a convertirse en una situación insoportable. Entre Javier y yo todo había cambiado... Nada nos complacía; nada contribuía a una convivencia normal.

CARMEN.- Pero eso tendría un principio. Un motivo... Las cosas no suceden de pronto ¿no?

(Dando por concluido su masaje, se calza y se sienta más cómodamente.)

CRISTINA.- El cambio en él fue tan rápido que para mí resultó una sorpresa. Casi de la noche a la mañana me di cuenta de que nuestro matrimonio había terminado.

CARMEN.- ¿Cómo se llama ella?

CRISTINA.- **(Mirándola directamente.)** Está claro que debía existir otra mujer ¿verdad?...

CARMEN.- En la vida de todos los hombres existe otra mujer. **(Pausa breve.)** Hay mujeres que viven permanentemente en el pensamiento de un hombre, pero que nunca salen de ese lugar materializándose, porque las circunstancias en la vida de ese hombre no lo aconsejan. Tal vez porque su matrimonio funciona o porque se siente más o menos feliz con lo que tiene, el caso es que «su otra mujer» seguirá siendo un recuerdo, una larva encerrada en su crisálida que jamás llegará a transformarse y volar.

CRISTINA.- ¿Y cuando esa larva se convierte en mariposa...?

CARMEN.- Eso suele ocurrir con alguna frecuencia... Porque cuando ese hombre se siente insatisfecho o decepcionado por algo en su matrimonio, despierta inconscientemente el recuerdo de «la otra»... Y si esa otra llega a hacerse presente, el matrimonio podrá darse por acabado.

CRISTINA.- Según eso, la fulana con quien me engañó Javier estaba a la espera de que lo nuestro fallara.

CARMEN.- A veces no es necesario que ella haya

existido materialmente, ni que sea exactamente una «fulana»... Una simple imagen en el subconsciente del hombre puede hacer que este busque un ser que responda a su modelo... Y lo lamentable para la esposa, es que casi siempre suele encontrar la que corresponde a su sueño. Cuando eso ocurre, ya no hay remedio.

CRISTINA.- Y según ese planteamiento, la culpa de cuanto ha pasado ha debido de ser mía, porque yo habré dado lugar a que él «pensara en la otra mujer» ¿no?

CARMEN.- (Tras una pausa breve.) ¿Podrías asegurar con certeza que no haya sido así?...

(CRISTINA, en silencio vuelve hasta el sofá y se sienta.)

CRISTINA.- No lo sé, mamá. (Pausa.) Por mucho que he intentado estudiar los motivos, lo único que de verdad conozco es el desenlace. ¡Mi marido me ha cambiado por otra mujer! Y no lo ha hecho intentando esconderse, o mintiéndome, o buscando excusas para sus salidas irregulares de casa. Lo hizo de pronto y a las claras... Me ha sustituido, sin más.

CARMEN.- (Puntualizando.) Querrás decir que «os ha sustituido» ¿no?

CRISTINA.- Para él, mi embarazo, no ha tenido más importancia que un constipado.

CARMEN.- ¡Vaya individuo! (Tras una pausa breve.) Has hecho bien en dejarle. Llegados a ese punto, cualquier dilación en la ruptura habría obrado perjudicialmente para ti... Lo que no sé, es si debiste permitir que esa mujer apareciera en la vida de Javier.

CRISTINA.- (Asintiendo irónica.) ¡Ya!... Según tu teoría, yo debí tener la culpa de que esa «mariposa sin alas», empezara a dar saltos dentro del cerebro de Javier ¿eh?

CARMEN.- Es una posibilidad... Y si ahora no lo acabas de ver así, tal vez más adelante termines asumiéndolo.

(Levantándose va hacia el revistero de la lámpara, y escoge una revista, que mantendrá en su regazo una vez vuelva a sentarse, esta vez en la silla de la izquierda.)

CRISTINA.- Pues no, mamá. Discrepo de tu modo de plantear la cuestión.

CARMEN.- ¿Y eso?...

CRISTINA.- Yo no presioné jamás a Javier para que se casara conmigo. Le he sido fiel todo el tiempo de noviazgo y matrimonio. He intentado no crearle problemas en su trabajo. Y todo eso me lo ha pagado liándose con otra... **(Pausa breve.)** No me veo asumiendo ninguna responsabilidad. Javier se ha portado muy mal conmigo y eso no se lo perdonaré nunca.

CARMEN.- Hija... Tu problema es que por haber roto tan pronto con él, no has tenido tiempo de llegar a conocer la vida matrimonial, y con ella a los hombres.

CRISTINA.- Pues con la experiencia que he tenido; ¡me conformo!

CARMEN.- No digas eso. Quizás si esta situación te hubiera llegado con más años de casada, no te habría importado tanto una infidelidad de tu marido... Pero entiendo que con dos años de matrimonio todo te haya resultado tan traumático. Has tenido mala suerte.

CRISTINA.- Sí. He tenido mala suerte. ¿Y ahora qué?

CARMEN.- Ahora, a dejar pasar un tiempo, y a procurar rehacer tu vida dedicándote a tu niña, a cuidarla y a disfrutar de su compañía... Piensa que eres joven. Con veinticinco años, aún estás comenzando a vivirla.

CRISTINA.- **(Amargamente.)** ¡Pero vaya comienzo! ¿No?

Escena IV

Las mismas y LUCÍA.

Por la derecha aparece LUCÍA.

**Viste ropa de calle, distinta a la que llevaba antes.
Llega al mueble donde cogerá su bolso que abre
buscando algo en su interior.**

CRISTINA.- (Viéndola entrar.) ¿Ya te has «puesto cómoda»?... ¿Pues no decías que no ibas a volver a salir esta tarde?

LUCÍA.- Sí. Pero lo he pensado mejor y voy a salir a dar una vuelta.

CARMEN.- ¿Has quedado con alguien?

LUCÍA.- No. Pero no creo que sea necesario quedar con alguien para salir a dar una vuelta ¿no?

CARMEN.- (A CRISTINA, risueña.) Tu hermana se propone huir de nosotras.

CRISTINA.- ¿Sí?...

LUCÍA.- ¿Por qué querría huir de vosotras?...

CARMEN.- Porque te barruntas que ésta es tarde de confianzas, y no te hace ni puñetera gracia tratar del tema. ¿Me equivoco?

LUCÍA.- (Mirando a CARMEN, tras una pausa breve.) Puede que estés en lo cierto... Pero no se me puede recriminar por eso ¿no crees?

CRISTINA.- (A LUCÍA.) Hace unos minutos me decías que con sólo dejar pasar unos meses volvería a la vida normal, y que hasta podría haber olvidado mi problema... ¿Y tú? Llevas más de un año divorciada. ¿Qué pasa contigo?

LUCÍA.- Pues eso. Que llevo más de un año sola. Y que a veces me gustaría no estarlo tanto.

CARMEN.- (Rotunda.) ¡Entonces haces bien! ¡Vete a dar una vuelta, encuentra un tío guapo, sedúcelo, y pásatelo

pipa!... Y cuando vuelvas de madrugada a casa nos despiertas, nos lo cuentas, y nos pones los dientes largos, ¿vale?

LUCÍA.- (Mirándola seria.) Si fuera tan fácil como lo estás planteando, te aseguro que no lo dudaría un momento.

CARMEN.- ¿Y cuál es el problema para que no puedas hacerlo?... Con un tipo como el tuyo, con sólo veintisiete años, sin una arruga, libre como el viento, y con ganas de vivir...

LUCÍA.- De sobra lo sabes, mamá. **(Pausa breve.)** Tengo miedo.

CRISTINA.- (Sorprendida.) ¿Miedo?...

LUCÍA.- Sí.

CRISTINA.- ¿A qué?...

LUCÍA.- A que se repita la historia... A volver a fracasar de nuevo.

CRISTINA.- ¡Pero bueno! ¿Tú no eres la que hace un rato parecías haber olvidado el pasado?... ¿La que me animaba diciéndome que aún somos jóvenes, y que no renunciabas a volver a ser feliz?... ¿Cuándo mentías, Lucía? ¿Antes o ahora?

(LUCÍA deja el bolso sobre el mueble. Coge un cigarrillo que encenderá, y mientras fuma se mueve por escena evidentemente molesta, al tiempo que conversa.)

LUCÍA.- No sé si mentía antes, queriendo transmitir entereza a tu nueva situación, o miento ahora intentando engañarme a mí misma, ante la posibilidad de que un nuevo intento pudiera salirme tan mal como el que ya he sufrido.

CARMEN.- (Dejando la revista sobre el centrito.) ¡Vaya! Hoy va a ser el día curativo por excelencia.

CRISTINA.- ¿Qué quieres decir?

CARMEN.- Primero practicando la terapia de compras, y ahora la terapia de grupo. ¡Ánimo, chicas, que es bueno devolver después de una borrachera! **(A LUCÍA.)** ¿Será necesario que te meta los dedos en la garganta?

LUCÍA.- ¡Qué desagradable sabes ponerte cuando quieres, mamá!

CRISTINA.- (**Sonríe mirando a CARMEN.**) No has cambiado. Sigues sabiendo cómo conseguir lo que quieres de nosotras...

CARMEN.- (**Irónica.**) ¿Será por haberos parido?...

CRISTINA.- (**A LUCÍA.**) Pues mamá quizás tenga razón en su teoría sobre las terapias, porque la verdad es que hasta esta tarde en que he abierto mi armario para ti, no le había contado a nadie la historia de mi problema, ¿y sabes qué te digo?... Que me encuentro mucho mejor que antes. Es como...

CARMEN.- (**Interrumpiendo.**) ¡Como si hubieras vomitado!

CRISTINA.- Algo así. (**A LUCÍA.**) ¿Por qué no me cuentas tú los detalles de tu fracaso? ¿No es así como lo has llamado?

LUCÍA.- Sí, Cristina. Así lo he llamado porque mi matrimonio resultó ser un fracaso, un fracaso total.

CRISTINA.- ¿Por culpa de quién?...

LUCÍA.- Seguramente por mi culpa.

CARMEN.- Tampoco es bueno cargarse de complejos ¿sabes?...

LUCÍA.- No se trata de complejos, mamá. Una sabe qué es lo que se hace bien y lo que se hace mal, y en mi caso yo he hecho las cosas bastante mal. (**Pausa breve.**) Soy consciente de que defraudé a Gonzalo.

CRISTINA.- ¿En qué aspecto?

LUCÍA.- (**Seria.**) En la cama, Cristina. En la cama.

CRISTINA.- (**Sorprendida.**) No me irás a decir que tropezaste con un sátiro...

LUCÍA.- No.

CRISTINA.- Entonces... ¡A ver si va a resultar ahora que eres frígida!

LUCÍA.- Tampoco.

CRISTINA.- Pues ya me dirás...

LUCÍA.- ¡Fui una imbécil!... Una imbécil que por inexperiencia al principio y por mojigatería después, llevé la intimidad de mi matrimonio a un punto sin retorno.

CARMEN.- De eso no me habías contado nada.

LUCÍA.- No, no te lo había contado porque me resultaba muy violento hablar de ciertas cosas.

CARMEN.- Y ha tenido que ser, gracias a tu hermana con la que pareces no violentarte, el que después de un año te hayas decidido a vaciar tu bolsa de desperdicios... ¡Pues vaya un papel que juego yo para mis hijas!...

LUCÍA.- No es eso, mamá... Es que... No se había presentado la ocasión de exponer los detalles.

CARMEN.- Pues venga. Aprovechemos el momento y el que estés lanzada, para enterarnos de todo lo que ocurrió... Bueno; al menos de lo que tenga que ver con la ruptura.

(LUCÍA llega hasta el centrado, coge el cenicero y lo mantendrá en la mano utilizándolo mientras se mueve por escena.)

LUCÍA.- No sé si por alguna de las películas que vi hace años, o por un exceso de novelas y programas de televisión, en que a la mujer se la presenta como víctima sexual del hombre, se me fue creando una imagen de peligrosidad ante la que debía intentar protegerme.

CRISTINA.- Mujer... No irás a decir que esos programas, te pudieran afectar tanto como para desequilibrar tu sentido común.

LUCÍA.- De sobra sabemos las tres, que en este país hemos adolecido siempre de una tremenda falta de educación sexual...

CARMEN.- (Puntualizando.) De una falta y de un exceso, Lucía.

LUCÍA.- ¿Cómo de un exceso?...

CARMEN.- Sí. En algún tiempo las buenas costumbres prohibían hablar de sexo en público, lo cual debemos considerarlo negativo para una formación normal, pero cuando se abrió la veda y quien no contaba intimidades ante la gente hacía el ridículo, proliferaron una serie de falsos

«especialistas sexólogos», la mayor parte de ellos con serios problemas de identidad, que se dedicaron a divulgar en la tele hasta lo más desagradable.

CRISTINA.- En la tele y en todos los medios, porque libros se han publicado un montón...

LUCÍA.- Aunque casi todos escritos por periodistas y locutoras de medio pelo, que no habían conseguido triunfar antes en su profesión, ni los conocía nadie.

CARMEN.- Así es, y el caso es que tal apertura ha resultado tan perjudicial o más que la prohibición de antes.

CRISTINA.- Todo eso es cierto... Pero al menos nos han acostumbrado a ver sin asustarnos ese tipo de escenas escabrosas.

LUCÍA.- A eso voy; y siempre en esas escenas hay un hombre que humilla o lastima a una mujer.

CRISTINA.- Deberás reconocer que el morbo atrae a la gente, porque la gente es morbosa.

CARMEN.- Perdona que discrepe de esa afirmación, hija... **(Puntualizando.)** La tele no pone morbo porque la gente es morbosa. ¡La gente es morbosa, porque la tele pone morbo!

CRISTINA.- ¡Vaya! Eso es demagogia...

CARMEN.- ¡Ah!, ¿sí?... ¿Es que tú también nos vas a salir ahora con la chorrada esa de la demagogia?

LUCÍA.- Me parece que mamá va bien encaminada con lo que dice.

CARMEN.- Mira. Justo cuando se abrió la veda del sexo en España, también aparecieron en los textos palabras malsonantes, hasta el punto que en cualquier película, libro, o serial, siempre sale gente diciendo mierda, cabrón, o te voy a joder hijo de puta. ¿Es demagogia criticar eso?

CRISTINA.- Es que hoy la gente habla así.

CARMEN.- ¡No es verdad, Cristina! La gente no habla así. ¿Tú hablas así? ¿Tu hermana habla así? ¿Tus vecinas hablan así?

CRISTINA.- Bueno, no... Pero mucha gente sí.

CARMEN.- No te equivoques. En todo caso, en la tele no hablan así porque es el lenguaje que use la gente. ¡Es la

gente la que se ha acostumbrado a soltar todos los tacos que se dicen en la tele! Y estoy incluyendo en el mismo paquete, tanto al lenguaje como al sexo... El río de porquería que sale diariamente del televisor, ensucia a toda la sociedad.

LUCÍA.- Así lo entiendo yo y contra eso no podemos hacer mucho. El caso es que a mí me molestan ciertas escenas escabrosas, y cuando he sido yo una parte activa en la práctica sexual me he sentido violenta, hasta sucia... Lo cual ha hecho que nunca me entregara totalmente a mi marido.

CARMEN.- ¿Y nunca le confiaste a Gonzalo ese problema?

LUCÍA.- No me atreví. Por eso te digo que he pecado de mojigatería.

CRISTINA.- (**Espontánea.**) Y como habría dicho papá; «En el pecado llevas la penitencia».

CARMEN.- Cristina; será mejor que no menciones a tu padre en este asunto. (**A LUCÍA.**) ¿Cómo reaccionó tu marido en vuestros primeros contactos?

LUCÍA.- He de reconocer que al principio se mostró bastante delicado conmigo... Nunca me presionó ni me reprochó nada...

CRISTINA.- Menos mal.

LUCÍA.- Seguramente él confiaba en que yo iría perdiendo mi prevención ante nuestros contactos... Sencillamente, esperaba que yo me comportara con normalidad.

CARMEN.- Pero tú seguiste igual.

LUCÍA.- Sí.

CARMEN.- Y un día notaste que él fue perdiendo interés por ti.

LUCÍA.- (**Tras una pausa breve.**) No fue de súbito, pero es verdad que poco a poco fue desistiendo en sus demandas.

CRISTINA.- ¿Y no te diste cuenta de que aquello no era normal? ¿No se llegó a encender en tu cabeza una lucecita anunciando el peligro?

LUCÍA.- Me daba cuenta de que mi comportamiento podría resultar peligroso, pero al mismo tiempo me satisfacía no tener que dar lo que no me apetecía dar.

CARMEN.- ¿Y pensaste que aquella situación podía prolongarse mucho sin perjudicar tu matrimonio?

LUCÍA.- Pensé que en cualquier momento podría hacerme con el control de nuevo... Y mientras tanto, intentaría convencerme de que era capaz de vencer mi aversión hacia el acto sexual.

CARMEN.- Cosa que no llegó a suceder...

LUCÍA.- Exacto. No llegó a suceder... Y un día ocurrió lo peor.

CRISTINA.- (**Rotunda.**) ¡Te enteraste de que él se había buscado otra!

LUCÍA.- No. Un día, me forzó.

CRISTINA.- (**Asombrada.**) ¿De verdad?

LUCÍA.- Se portó salvajemente conmigo... Me forzó... Me violó... Me humilló de un modo ruin.

(Breve transición.)

CARMEN.- Debiste pasarlo muy mal.

LUCÍA.- No te lo puedes imaginar.

CRISTINA.- ¿Se disculpó después?...

LUCÍA.- No le di ocasión... Aquel fue nuestro último contacto... A partir de ese momento me negué a compartir con él incluso la habitación.

CRISTINA.- Menuda papeleta la tuya, hija.

CARMEN.- (**Tras una breve pausa.**) Y de todo eso nos enteramos ahora... ¿No crees que de haber confiado en nosotras, tal vez podríamos haberte ayudado?...

LUCÍA.- Lo he pensado muchas veces... pero tarde. Cuando ya estaba todo perdido.

CARMEN.- ¿Has vuelto a saber algo de Gonzalo?

LUCÍA.- Durante todo el trámite del divorcio intentamos los dos no mencionar nada de aquel deplorable episodio. Nos vimos muy pocas veces y nunca solos... Ahora creo que sale con una chica.

CRISTINA.- ¡Pues sí que hemos tenido suerte las dos! ¿Eh?... Y menos mal que no hemos tropezado con un hombre que nos pegara, porque hoy parece ser que es lo que se estila.

LUCÍA.- No sé qué habría sido peor.

CRISTINA.- ¡Calla, mujer! ¿Cómo dices eso?... ¿No te asustan esas caras deformadas a golpes que se ven todos los días en la tele?

LUCÍA.- ¡Y a quién no le va a asustar la violencia de género!

CARMEN.- ¿Veis? Ese es un tópico más impuesto por la televisión. ¡Violencia de género!

CRISTINA.- ¿Vas a decir que no existe la violencia?

CARMEN.- ¿No va a existir?... A la vista está, pero ¿por qué de género?

CRISTINA.- ¡Porque es el hombre el que pega a la mujer!

CARMEN.- No seas tan taxativa, Cristina. Es el marido que pega a su mujer; el amante que pega a su querida; el compañero a su compañera según el eufemismo al uso, y eso es «violencia doméstica» porque se desarrolla en el hogar y entre cónyuges.

LUCÍA.- ¿Y en qué se diferencia de la violencia de género, si siempre es el hombre quien pega, maltrata, y hasta mata a la mujer?

CARMEN.- Porque no es «el hombre» que va por la calle pegando a una desconocida por el hecho de ser «mujer». La agresión siempre es de «un hombre» a «su mujer», y en algunos casos de «la mujer a su hombre».

LUCÍA.- Esos casos serán los menos, ¿no?

CARMEN.- Sí, pero también es cierto que tienen menos publicidad... Salvo cuando la mujer envenena con matarratas al marido y se descubre, lo que no deja de ser violencia, ¿o no?

CRISTINA.- Bueno, es cuestión de matices...

CARMEN.- ¡Ni hablar! Es cuestión de que siempre hay algún periodista, imbécil que se esfuerza más en componer un titular llamativo que un contenido interesante.

LUCÍA.- (Tras una pausa breve.) Cristina; oídos los

razonamientos de mamá, tendremos que coincidir en que no puede contar las cosas con más claridad.

CRISTINA.- Es verdad. Y a veces me da una rabia tener que reconocerlo...

(LUCÍA llega hasta el centrito, deja sobre él el cenicero y se sienta en el sofá junto a su hermana.)

LUCÍA.- Pues no te va a quedar más remedio que hacerlo si vas a estar mucho tiempo con nosotras.

CARMEN.- ¡Cuidado, chicas! Que yo no coacciono a nadie...

LUCÍA.- No he querido decir nada parecido... Pero está claro que en una casa no solo se comparte mesa y techo... Precisamente este rato de charla que estamos manteniendo viene a darme la razón de que comunicarse y convivir es lo mismo.

CARMEN.- Lo acepto.

CRISTINA.- **(A LUCÍA.)** ¿Y tú qué? ¿Es que ya no vas a salir esta tarde?

LUCÍA.- Ya no... La verdad es que ya no hace falta que salga.

CARMEN.- **(Sonriente.)** Lo que yo decía. Ya no sale y la terapia surtió efecto. **(Levantándose.)** Pues mira, ahora prepararé café y unas pastitas, y así celebramos esta confianza «a trois» que hemos compartido, ¿no os parece?

CRISTINA.- **(Rotunda.)** ¡No, mamá!

CARMEN.- **(Sorprendida.)** ¿No quieres café?

CRISTINA.- Digo que no ha existido esa confianza «a trois»... Porque tú no has dicho ni «mu» acerca de tu situación. Sólo hemos «vomitado» nosotras. Lucía y yo.

CARMEN.- **(Retrayéndose.)** Bueno... ¿Y qué he de contar yo?... Lo mío ya lo sabéis...

CRISTINA.- No. Lo «tuyo» no lo sabemos, porque ni tú ni el papá nos contasteis nunca nada.

(CARMEN inicia algunos pasos por escena que seguirá)

marcando mientras interpreta.)

LUCÍA.- Cristina tiene razón. ¿Qué os pasó a vosotros para llegar a separaros después de tantos años juntos?

CARMEN.- (Con tono levemente evasivo.) Bueno, pues... Quizás por eso, por tantos años juntos... Por rarezas que siempre hemos tenido y que con los años empezamos a dejar de disimularnos... Por falta de atenciones mutuas que en los primeros tiempos fueron tan evidentes... Por ciertas franquezas en el trato que antes siempre procuramos reprimir... Un cúmulo de pequeños detalles que unidos, hace que cambie nuestra vida matrimonial.

LUCÍA.- ¿Hasta el punto de romper y separarse?

CRISTINA.- Debió de haber algo más ¿no?...

CARMEN.- Sí. Lo hubo.

(Ambas miran a CARMEN expectantes.)

En todo matrimonio llega un momento difícil. Lo lleva consigo la edad. El hombre empieza a hacerse mayor, comprende que comienza su declive, mira a su alrededor y descubre que ha desaparecido la frescura de la primavera «en su casa», ¡sólo en su casa!, porque en la calle sigue existiendo como él siempre la conoció... Y se rebela... Y se plantea si aún sería capaz de conquistar una nueva primavera.

LUCÍA.- Eso es egoísmo puro y duro.

CARMEN.- Pero reconozcamos que es humano.

CRISTINA.- Aunque muy cruel ¿no?...

CARMEN.- Unos se conforman con lo que ya han vivido y se resignan a comenzar la última etapa de su vida... Otros no consiguen conformarse, y caen en el ridículo intentando nuevas conquistas a escondidas de su familia, por supuesto... Y otros, cogen el rábano por las hojas y plantean claramente que quieren un cambio. Que no se resignan ante su situación... Y un día te dicen que quieren su libertad.

LUCÍA.- ¿Y ese fue el caso de papá?

CARMEN.- Sí.

CRISTINA.- ¿Y no intentaste retenerle?

CARMEN.- No.

LUCÍA.- ¿Por qué?

CARMEN.- ¿Qué primavera podía y ofrecerle cuando la mía ya había pasado? ¿Para qué intentar retenerle? ¿Para compartir su amargura el tiempo que nos quedara de vida?... Decidí que era mejor dejarle ir... Y no puse objeción alguna, facilitándole el acceso a su nueva primavera.

CRISTINA.- ¿Y crees que la habrá encontrado?

CARMEN.- No lo sé. Pero al menos jamás podrá guardarme rencor por no haberle dado la oportunidad... Lo que hay a podido ocurrir desde aquel momento, es sólo de su responsabilidad.

LUCÍA.- (**Esponánea.**) Mamá... ¡Eres toda una mujer!

CRISTINA.- ¿Ves? Si yo empleara ese lenguaje moderno, te diría: ¡Eres una tía cojonuda!

CARMEN.- (**Tras una carcajada breve.**) No sé. La verdad es que no tengo muy claro lo que soy... De lo que sí estoy segura, es de que debemos hacer algo para que vosotras reiniciéis vuestra vida, encontrando alguien con quien compartirla.

CRISTINA.- Lo ves muy fácil.

CARMEN.- Veo que ahora sabéis más de la vida. Conocéis al menos dónde está la piedra en la que no debéis volver a tropezar. Y empleando la cabeza tal vez un poco más que el corazón, podéis continuar una vida que sólo ha sufrido un leve paro, que no tiene por qué convertirse en un trauma.

LUCIA.- (**A CRISTINA.**) Mamá tiene razón. Debemos planificarnos salir por ahí, contactar con gente, hacer nuevas amistades y procurar pasar página, porque nosotras aún somos jóvenes.

CRISTINA.- Es verdad, nosotras, como dice mamá aún tenemos una primavera que ofrecery disfrutar... No debemos dejarla pasar como le ha ocurrido a ella.

CARMEN.- (**Protestando.**) ¡Oye, maja! Te recuerdo que yo «aún» no he entrado en «aquella tercera edad» que decía el imbécil.

LUCÍA.- (Riéndose.) Bueno... ya sabemos que no eres vieja... Pero no habrás pensado salir por ahí a conquistar el mundo ¿no?

CRISTINA.- (A LUCÍA.) ¿Para qué iba a querer hacer eso mamá?...

CARMEN.- ¡Mira las pavas estas!... ¿Pero qué os habéis creído? ¿De verdad me veis acabada? ¿Os apostáis algo a que de proponérmelo lo conseguiría antes que vosotras?...

CRISTINA.- ¡Venga, mamá!...

LUCÍA.- ¡Cómo eres! ¿Eh?...

CARMEN.- ¡Ah! ¿Sí...

(Acercándose al mueble coge el bloc, y con él en la mano va al centrado de donde toma el teléfono que manipulará en su momento según indica el diálogo.)

¿Es este el número que te dio Manolo, no?

CRISTINA.- No me digas que vas a llamarle...

CARMEN.- ¿Por qué no? Os aseguro que es un hombre la mar de majo, que se siente muy atraído por mí.

LUCÍA.- (Risueña.) ¿Y qué vas a proponerle, que te invite al cine?

CARMEN.- Al cine precisamente no me apetece demasiado ir, pero a lo mejor le sugiero que me lleve a ver una buena comedia...

CRISTINA.- ¿Te atreverías?...

CARMEN.- Por supuesto después de ir a cenar a cualquier restaurante del centro, donde preparen bien las carnes rojas.

LUCÍA.- ¡Encima, sibarita!

CARMEN.- Ya que se hace algo, que se haga bien.

(Marca el número de teléfono.)

CRISTINA.- ¡Anda, pues es verdad que le está llamando!

LUCÍA.- Pero mamá... ¿Y lo de esa primavera que ya pasó?...

CARMEN.- No seas gilipollas, hija. Para un nuevo compañero, yo «aún soy la primavera». **(Al teléfono.)** ¿Manolo?... ¡Hola!, soy Carmen... Sí, yo también me alegro de escucharte...

(Mientras CRISTINA y LUCÍA cruzan una mirada incrédula a la vez que divertida, disminuyen las luces de escena, y con unos compases de «La Primavera, de Vivaldi» baja el telón.)

FIN DE LA COMEDIA